

CHANGOS

Vicente Guzmán Líos / Escuela Nacional de Arquitectura

El zoológico... magnífico espectáculo. Yo pienso qué sería de este paseo sin la gente que viene de visita. No puede haber zoológico sin nosotros; pero ¿puede haber zoológico sin visitantes...?

—Oye, mira ¿qué te parece ese niño bobo con cámara y playera a rayas?

—MMMM... IAAAA... IAAAA... No es un niño bobo, bobo, es simplemente... IAAA... IAAA.

—Comen todos palomitas de maíz... ¿Palomitas de maíz dije? Changuitos de harina... burras de pierna y de jamón... elefantitos de galleta... Pingüinos y Gansitos Marinela... Bahh ¿Aún crees que no era niño aquel bobo? Digo, ¿qué no era bobo aquel niño?

—Mira cómo es un tonto, al ver que las urracas llamaron la atención de los enjaulados de afuera corrió a tomarles fotos. Te da envidia que se hayan ido todos... Oye... ¿Te gustaría un día... irte?

—¿Irme? ¿Perderme a cambio de esa libertad...? No, mi cuate... Aquí por lo menos en este pequeño mundo, los paisanos nos contemplan, hablan de nosotros, bien o mal; pero en el fondo les gustamos; uno que otro intelectual nos ofende comparándonos con los humanos, pero esa ofensa no hiere tanto cuando va acompañada de garapiñados o algodón de dulce.

—Afuera podrías tener sin ofensas los garapiñados que quisieras, los algodones que desearas, los plátanos, las palomitas... de ma...íz; en fin todo lo que quisieras... Mira cómo sonrían las gentes, cómo los niños gozan... No ha de pasarse tan mal ahí afuera...

—¿Ya viste a la señora aquella del rebozo, la del niño pegado en el espinazo...?

Pregúntale a ella si su niño ríe, si ella puede tomar los algodones que desea... pregúntale si es libre...

—Mira al bolero... su cajón tiene espejitos, adornos dorados y colorado el banquito... a él le voy a preguntar si es feliz como dice el cajón...

—Vamos, anda... ¿ya viste lo que dice su camisa?

“Justicia Social.” ¿Tú entiendes eso...?

—No IAAA... IAAA... JUS... IAA... No.

—Mira, para que te ilustres... justicia, de justos, de juzgados; social, de socios... o sea los socios que son juzgados... Él ha de ser socio; pero el otro día me contaba una pulga que pasó sus vacaciones en el pelo de un camello, que por salir de paseo, se trepó sobre una gente, y que en una bola que se hizo, se le pegó a un chamaquillo. Por más que jalaba fuerte, a su hocico no llegaba ni una gota de agua roja, y que recorriendo el territorio se dio cuenta que el muchacho capaz sería de tragarla, del hambre que éste inspiraba.

—Bueno... UMMM... IA... y ¿a qué viene todo eso?

—Pues que el chiquillo aquel que Juanito se llamaba era bolero también; pero no traía camisa...

—Tú y yo comemos juntos, dormimos juntos, juntos, comentamos nuestros quejidos, tus alegrías son las mías, tus dolores mis angustias. Así ha de ser con las gentes, y como son muchas, pues mucho se ha de gozar y... mucho se ha de sufrir... pero entre muchos también es más fácil divertirse.

—Ojalá que no te arrepientas de lo que piensas. Yo sé un camino muy fácil para salir a ese mundo. Te lo voy a enseñar. Ven.

—Pero, si no hay ningún hoyo, ni tampoco rejas rotas.

—Ve con fuerza hasta aquel árbol, trata de meterte hasta sus raíces, siéntete hoja, siente cómo te derrumbas... ya estás ahí... escoge ahora una persona de las que pasan cerca... déjate caer sobre ella.

—Crríaaa... IAAA...

—Ya se acostumbrará, ya se acostumbrará...

—Yo... IAAA... mi traje... mi cartera... me han robado mi cartera... alguien en lo que veía a las focas me robó.

¡Auxilio me han robado!

—Ya se acostumbrará.

—¿A qué? ¿A que me roben? Si acostumbrado estoy a ello... si nunca debí venir en domingo yo a este parque...

AHH, ¿y qué me ve toda esa gente? Dentro de ellos debe estar el asesino, el ladrón... Bueno... mañana pagarán, quiero decir, esos trescientos pesos que traía los veré cuadruplicados... y serán estos mismos quienes van a pagarme.

—Cállate ya. ¡Idiota!

—Crríaaa... IAAA... IA AAAA...

—Así está mejor. Ahora cuéntame de ti.

—Yo trabajo en la procuraduría, mi nombre es Arturo Rivas Díaz; soy un honesto empleado padre de familia, tengo tres hijos: dos niñas y un niño. Van a los mejores colegios, de monjitas, por supuesto; las niñas al Anglo y el niño al Patria, la mayorcita tiene diez y siete años, la sigue la de quince, y el niño tiene trece...

—¿Y... su esposa?

—¡Ahhl!, mi esposa. Es una mujercita adorable, dulce, comprensiva; una magnífica madre. Por sistema van al cine mis hijas con su mamita, dos veces a la semana; una vez juegan canasta y una que otra fiestecita.

¡Ahhl!, pero el niño, ése tiene que ser... bueno ya es... muy macho; se pasa todas las tardes después de hacer la tarea, entrenando la tensión



Dibujo de Guzmán

dinámica, dobla ya —a su edad— corcholatas de cerveza. La cerveza yo me la tomo, claro, él sólo toma refrescos... soda...

—(En su presencia).

—Delaware Punch, Orange Crush. Le tengo prohibida la Coca Cola. Es que un día le salió a un amigo mío una ramita de trigo, o vaya usted a saber de qué, adentro de una botella. No es que sea mal refresco...

—Yo pregunté por su esposa.

—¿Qué? ¿La conoce? ¡Dónde! ¡Dónde!

—¿Qué hora tiene?

—¡Mi reloj, mi reloj! ¿? Ayyy... Crríaaa... Iaaa... Qué me ha pasado. Crríaaa...

—Ya se acostumbrará. No se preocupe. Estoy seguro que se acostumbrará. Pero... sígame diciendo de su casa. ¿Es usted rico?

—Bueno no mucho, tengo mi cochecito, una casita propia, bueno, tres casitas propias en San Juan de Aragón... Claro que yo vivo en un departamento de lujo de Tlaltelolco, una pequeña cuenta en el banco; por ahí me deben un dinerillo; un coche de ruleteo. Bueno uno aquí y otro en Toluca, mi tierra.

—¿Gusta una cáscara de plátano?

—¿Cáscara? ¡Ayyy! ¡Crríaaa!

—Mira cómo se aloca ese chango, "gorda".

—Sí tú... Oye, ¿ése es el que moja? Sí, uno que salía en la teleee...

—Yaaa, ni que pensara.

—Crríaaa... Crríaaa...

—¡Ay! ¡Güey! ¡Ay!, perdóneme mi chula; se me salió..., también diré cómo me empapó la cosa esaaa...

—Le'stoy diciendo que'cha'guaaa; pero ahitá usté de mariachi...

—Ora sí: tras de mojado mariachi. Yaaa.

—Niño, bájate de ahí que te va a ensuciar el señor.

—¿A ensuciar de qué? Vieja taruga...



—Pelados, insolentes... gentes como usted deberían de estar enjaulados, y no ese simpático chango, que bueno que lo mojó...

—Crríaaa..., Crríaaa... Ese chamaco es mi hijo, sí, aquel que está subiéndose a la alambrada... y ésa... éssa es mi esposa... Crríaaa... Crríaaa.

—¿Qué te decía ese pelado mi vida?

—Nada, Arturo, nada. Si algo me hubiera dicho Tulín le hubiera puesto en su lugar.

Míralo, se parece a Robin.

—Oiga, lo engaña su mujer, o lo confunde... Grítele, dígale, que ése es un impostor...

—Crríaaa... Críaa... Iaaaa...

—¿Cuánto tiempo llevan de casados?

—Diez y ocho años.

—¿Dieciocho años? ¡Toda una vida! Entonces. Bueno, y de conocerse ¿cuántos?

—Veintidós; pero como si hubiéramos nacido el uno para el otro.

—¡Ah!... grítele, ya se va. Lo está confundiendo con aquel impostor...

—Crríaaa, Crríaaa.

—Ese chango —cómo se parece a Arturo—... No, nada mi cielo... —cómo desearía que mejor fuera chango a veces, para no tener que soporarlo—.

Ya voy mi amor...

—¿Por qué le pegas al changuito, mi vida?

—Es que por su culpa tuve muy malos pensamientos.

—¡Mi vida!, eso va en contra de la decencia.

—Es que pensé que se parecía a ti ese mono informe... Ay, pero es que tanto te quiero, que hasta viendo a los changos me acuerdo de ti... todo me habla de ti...

—Crríaaa... Crríaaa...

—Ya se acostumbrará. Ya se acostumbrará.